

© • 1881 • Xăc aŠă | aē Ē | *

GUILLERMO SHAKESPEARE

MACBETH

TRADUCCIÓN DE
MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

BARCELONA
1881

MACBETH

P E R S O N A J E S

El rey de Escocia, DUNCAN.

Sus hijos: MALCOLM y DONALBAIN

Lady MACBETH

MACBETH

BANQUO

MACDUFF

LÉNNOX señores escoceses

ROSS

ANGUS

MENTEITH

CAITHNESS

Lady MACDUFF

FLEANCIO, hijo de Banquo

SUARDO, señor de Northumberland

Su hijo SETON, oficial de Macbeth

Un niño hijo de Macduff

Un doctor inglés

Otro escocés

Un sargento

Un viejo

Un portero

Una dama de lady Macbeth

Nobles, guerreros, asesinos, criados, espías, etc.

Hécate

Tres brujas

Varios fantasmas

ACTO I
ESCENA PRIMERA

Tarde tempestuosa

TRES BRUJAS

BRUJA 1.ª

¿Cuándo volvemos a juntarnos, cuando relampaguee, cuando truene o cuando llueva?

BRUJA 2.ª

Cuando acabe el estruendo de la batalla, y unos la pierdan y otros la ganen.

BRUJA 3.ª

Entonces será antes de ponerse el sol.

BRUJA 1.ª

¿Dónde hemos de encontrarnos?

BRUJA 2.ª

En el yermo.

BRUJA 3.ª

Allí toparemos con Macbeth.

BRUJA 1.ª

Me llama Morrongo.

BRUJA 2.ª

Y a mí el Sapo.

LAS TRES JUNTAS

El mal es bien, y el bien es mal: cortemos los aires y la niebla.

ESCENA II

Campamento

DUNCAN, MALCOLM, UN ESCUDERO, UN SARGENTO, LÉ-
NNOX Y ROSS

DUNCAN

¿Quién es aquel herido? Quizá nos traiga nuevas del campamento.

MALCOLM

Es el escudero que puso en peligro su vida por salvar la mía. ¡Buenas tardes, amigo! Cuenta tú al Rey el estado del combate.

ESCUADERO

Sigue indeciso, semejante a una lucha entre dos nadadores que quieren mutuamente sofocarse. Con el traidor Macdonwald, en quien se juntan todas las infamias, van unidos muchos caballeros y gente plebeya de las islas de Occidente. La fortuna, como ramera, les otorga sus favores, pero en vano, porque el fuerte Macbeth, hijo predilecto de la victoria, penetra entre las filas hasta encontrarle, y le taja la cabeza, y la clava sobre nuestras empalizadas.

DUNCAN

¡Bravo caballero, ornamento de mi linaje!

ESCUADERO

Así como el sol de la mañana produce a veces tempestad y torbellinos, así de esta victoria resultaron nuevos peligros. Óyeme, Rey. Cuando el valor, brazo de la justicia, había logrado ahuyentar a aquella muchedumbre allegadiza, he aquí que se rehace el de Noruega, y arroja nuevos campeones a la lid.

SARGENTO

¡Desalentarse! ¡Bueno es eso! Como el águila viendo gorriones, o el león liebres. Son cañones de doble carga. Con tal ímpetu menudearon sus golpes sobre los contrarios, que pensé que querían reproducir el sacrificio del Calvario. Pero estoy perdiendo sangre, y necesito curar mis heridas.

DUNCAN

Tan nobles son como tus palabras. Buscad un cirujano. ¿Pero quién viene?

MALEOLM

El señor de Ross.

LENNOX

Grande es la ansiedad que su rostro manifiesta. Debe ser portador de grandes nuevas.

(Entra Ross)

ROSS

¡Salud al Rey!

DUNCAN

¿De dónde vienes, noble señor?

ROSS

Poderoso monarca, vengo de Fife, donde el aire agita en mengua nuestra los estandartes noruegos. Su Rey, con lucida hueste y con ayuda del traidor señor de Cádor, renovó la lucha, pero el terrible esposo de Belona, cubierto de espesa malla, les resistió brazo a brazo, y hierro a hierro, y logré domeñar su altivez y postrarla por tierra. Al fin, logramos la victoria.

DUNCAN

¡Felicidad suprema!

ROSS

El rey Suenon de Noruega quería capitular, pero no le permitimos ni aun enterrar sus muertos, sin que pagara antes en la isla de Colme la contribución de guerra.

DUNCAN

Nunca volverá el de Cádor a poner en peligro la seguridad de mis Estados. Manda tú poner a precio su cabeza, y saluda a Macbeth con el título que el otro tenía.

ROSS

Cumpliré tu voluntad.

DUNCAN

Macbeth goce desde hoy lo que Cádor perdió.

ESCENA III

Un páramo

TRES BRUJAS, MACBETH Y BANQUO

BRUJA 1.ª

¿Qué has hecho, hermana?

BRUJA 2.ª

Matar puercos.

BRUJA 3ª

¿Dónde has estado, hermana?

BRUJA 1.ª

La mujer del marinero tenía castañas en su falda, y estaba mordiéndolas. Yo le dije: «Dame alguna», y la asquerosa, harta de bazofia, me contestó: «Vade retro, condenada bruja». Su marido se fue a Alepo, mandando el Tigre. Yo, como rata sin cola, navegaré en una tela de cedazo, donde cabe bien mi cuerpo. Así lo haré, así lo haré.

BRUJA 2ª

Yo te ayudaré con un viento desfavorable.

BRUJA 1.ª

Gracias.

BRUJA 3.ª

Yo con otro.

BRUJA 1.ª

De los demás yo soy señora. ¿Qué puerta quedará segura, cuando de todos los puntos de la rosa soplen los vientos? Ni una vez podrá conciliar el sueño. Su vida será la del precito, y las tormentas agitarán sin cesar su nave. ¡Ved!

BRUJA 2.ª

¿Qué es eso?

BRUJA 3.ª

El dedo de un marinero, que se ahogó al volver de su viaje.

BRUJA 3.ª

¡Tambor, tambor! Ya llega Macbeth.

Juntemos las manos, hagamos una rueda, como hermanas enviadas del cielo y de la tierra. Tres vueltas por ti, tres por ti, tres por mi: son nueve,

cuenta justa. ¡Silencio! Ya ha llegado el término del conjuro.

(Llega. Macbeth y Banguo)

MACBETH

¡Día de sangre, pero hermoso más que cuantos he visto!

BANQUO

¿Está lejos el castillo de Forres? ¿Quiénes serán aquellas mujeres arrugadas y de tan extraño aspecto? No parecen seres humanos. ¿Sois vivientes? ¿Puedo haceros una pregunta? Debéis de entenderme, porque las tres, al mismo tiempo, ponéis en los labios vuestros dedos, que semejan los de un cadáver. No me atrevo a llamaros mujeres, por las barbas.

MACBETH

Si tenéis lengua, decidnos quiénes sois.

BRUJA 1.ª

¡Salud, Macbeth, señor de Glamis!

BRUJA 2.ª

¡Salud, Macbeth, señor de Cádor!

BRUJA 3.ª

¡Salud, Macbeth, tú serás rey!

BANQUO

¿De qué nace ese terror, amigo Macbeth? ¿Por qué te asustan tan gratas nuevas? Decidme: ¿sois fantasmas o seres reales? Habéis saludado a mi amigo con títulos de gloria y anuncio de grandezas futuras y pampas reales. Decidme algo a mí, si es que sabéis qué granos han de germinar o morir en la serie de los tiempos. No temo de vosotras ni odio ni favor.

BRUJAS

¡Salud!

BRUJA 1.ª

Serás más grande que Macbeth y menos.

BRUJA 2.ª

Más feliz y menos feliz.

BRUJA 3.ª

No rey, pero padre de reyes. ¡Salud, Macbeth y Banquo!

¡Salud!

MACBETH

No os vayáis, oscuras mensajeras. Ya sé que soy señor de Glamis por muerte de Sinel, pero ¿cómo he de serlo de Cádor, si el señor vive próspera y felizmente? Tan absurdo es llamarme señor de Cádor como rey. ¿Quién

os dio esas noticias? ¿Por qué me habéis venido a sorprender en este desierto con tales presagios?

BANQUO

Son sin duda espíritus vaporosos que engendra la tierra, como los produce también el agua. ¿Por dónde habrán desaparecido?

MACBETH

Los cuerpos se han disuelto en el aire, como se pierde en el aire la respiración. ¡Ojalá se hubieran quedado!

BANQUO

¿Será verdad lo que hemos visto? ¿O habremos probado alguna yerba de las que trastornan el juicio?

MACBETH

Tus hijos han de ser reyes.

BANQUO

Lo serás tú mismo.

MACBETH

¡Y también señor de Cádor! ¿No lo dijeron así?

BANQUO

¿Quién llega?

ROSS

Macbeth, el Rey ha oído tus hazañas. Incierto entre la admiración y el aplauso, no sabe cómo elogiarte, por el valor con que has lidiado contra los noruegos, sin percartarte tú mismo del estrago que en ellos hacías. Van llegando tan densos como el granizo los mensajeros de la victoria, y todos se hacen lenguas de tu heroísmo.

ANGUS

El Rey nos envía a darte las gracias y a llevarte a su presencia.

ROSS

Él me encarga que te salude con el título de señor de Cádor.

BANQUO

¡Conque también el diablo dice verdad!

Si vive el de Cádor ¿por qué me atavían con ropas ajenas?

ANGUS

Vive el que llevaba ese título, pero debe perder la vida, y se ha fulminado contra él dura sentencia. No afirmo que se uniera con los noruegos contra su patria, pero está convicto y confeso de traidor.

MACBETH

(Aparte). ¡Ya soy señor de Glamis, y señor de Cádor! Falta lo demás. (A Ross y Angus). Gracias. (A Banquo). ¿Crees que tus hijos serán reyes, conforme a la promesa de los que me han hecho señor de Cádor?

BANQUO

Esa promesa quizá te haga ambicionar el solio. Pero mira que a veces el demonio nos engaña con la verdad, y nos trae la perdición envuelta en dones que parecen inocentes. Oídme dos palabras, amigos míos.

MACBETH

¡Con dos verdades se abre la escena de este drama, que ha de terminar con una corona regia! ¿Es un bien o un mal este pensamiento? Si es un mal, ¿por qué empieza a cumplirse, y soy ya señor de Cádor? Si es un bien, ¿por qué me aterran horribles imágenes, y palpita mi corazón de un modo inusitado? El pensamiento del homicidio, más horroroso que la realidad misma, comienza a dominarme y a oscurecer mi albedrío. Sólo tiene vida en mí lo que aún no existe.

BANQUO

¡Qué absorto y embebecido está nuestro compañero!

MACBETH

Si los hades quieren hacerme rey, lo harán sin que yo busque la corona.

BANQUO

¡El nuevo honor le viene como vestido nuevo: no se le ajusta bien, por falta de costumbre!

MACBETH

Corra el tiempo, y suceda lo que quiera.

BANQUO

A tus órdenes, generoso Macbeth.

MACBETH

Perdón, amigos. Estaba distraído con antiguas memorias. Agradezco y recordaré siempre vuestros favores. Cabalguemos a ver al Rey. (A Banquo). Medita tú lo que nos ha sucedido. Luego hablaremos con toda libertad.

BANQUO

Así lo deseo.

Hasta después. Ni una palabra más. Vamos, caballeros.

ESCENA IV

Habitación de palacio

DUNCAN, MALCOLM, BANQUO Y MACBETH

DUNCAN

¿Está ajusticiado Cáudor? ¿Han vuelto ya los que fueron a su castillo?

MALCOLM

No han vuelto todavía, pero he hablado con uno que le vio morir, y dice que se arrepintió de sus pecados y pidió vuestro perdón. La muerte ha sido lo mejor de su vida. Murió como si en vida hubiese aprendido a renunciar y tener por cosa vana lo que antes juzgaba de mayor aprecio.

DUNCAN

¿Quién adivina el alma por el semblante? ¿Quién me hubiera dicho que ese caballero no era el más fiel de todos los míos? (A Macbeth que entra). Primo mío, ya me sentía yo pesaroso de mi ingratitud. Pero estabas tan lejos, que ni siquiera las alas del premio podían alcanzarte. Ojalá hubieras hecho menos, porque entonces serían menos inferiores a tus méritos mis galardones y mercedes. Larga deuda, que nunca podré pagar, tengo contigo.

MACBETH

Bastante pago de mi lealtad es ella misma. Mis servicios son como hijos y criados del trono: hacen lo que deben, y nada más.

DUNCAN

Eres planta que arraiga en mi corazón. Yo la haré crecer. ¡Ilustre Banquo! No son menores tus méritos. Así lo reconozco, y te estrecho contra mi corazón.

BANQUO

En él germine, que para vos será la cosecha.

DUNCAN

¡Hijos, parientes, caballeros, sabed que nombro heredero de mis Estados a mi hijo Malcolm, que desde hoy se llamará príncipe de Cumberland! Pero este honor no puede venir solo, y para celebrarle haré que caigan, como estrellas, títulos de nobleza sobre todos los que los merezcan. Ahora vamos a Inverness, que los negocios apremian.

MACBETH

¿Cuándo descansaréis? Quiero adelantarme en el camino y alegrar los oídos de mi mujer con tan grata nueva. Permitídmelo.

DUNCAN

¡Noble señor de Cádor!

(Aparte). ¡Príncipe heredero Malcolm! Obstáculo nuevo en mi camino. He de saltar por él o rendirme. No brilléis, estrellas: no aclare vuestra luz el negro deseo que abriga mi corazón. Ojos míos, la mano hará lo que vosotros no queréis ver. Entre tanto, miradla de soslayo.

DUNCAN

¿Verdad, Banquo, que Macbeth es un egregio vasallo? No hay para mi banquete tan grato como el oír de boca de las gentes sus alabanzas. Sigámosle, ya que quiere festejarnos. Es el mejor de mis parientes.

ESCENA V

Habitación en el castillo de Macbeth, en Inverness

LADY MACBETH, UN CRIADO Y MACBETH

LADY MACBETH

(Leyendo una carta de su marido). «Las brujas me salieron al encuentro el día de la victoria. Su ciencia es superior a la de los mortales. Quise preguntarlas más, pero se deshicieron en niebla. Aún no había salido yo de mi asombro, cuando llegan nuncios del Rey saludándome como a señor de Glamis y de Cádor, lo mismo que las hechiceras, pero éstas dijeron además: «Salve, Macbeth: tu serás rey». He querido, esposa amada, confiarte este secreto, para que no dejes por ignorancia, ni un solo momento, de gozar la dicha que nos está profetizada. Piénsalo bien. Adiós». ¡Ya eres señor de Glamis y de Cádor! Lo demás se cumplirá también, pero desconfío de tu carácter criado con la leche de la clemencia. No sabes ir por atajos sino por el camino recto. Tienes ambición de gloria, pero temes el mal. Quisieras conseguir por medios lícitos un fin injusto, y coger el fruto de la traición sin ser traidor. Te espanta lo que vas a hacer, pero después de hecho, no quisieras que se deshiciese. ¡Ven pronto! Infundiré mi alma en tus oídos, y mi lengua será azote que espanto y disipe las nieblas que te impiden llegar a esa corona, que el hado y el influjo de las estrellas aparezcan para tus sienas.

UN CRIADO

Esta noche llega el Rey.

LADY MACBETH

¿Estás en ti? ¿No ves que tu señor no está en el castillo, ni nos ha avisado?

UN CRIADO

También él se acerca. Un compañero mío vino casi sin aliento a traer la noticia.

LADY MACBETH

Cuidad bien al mensajero. Es portador de grandes nuevas. (Aparte). El cuervo se enronquece de tanto graznar, anunciando que el rey Duncan llega al castillo. ¡Espíritus agitadores del pensamiento, despojadme de mi sexo, haced más espesa mi sangre, henchidme de crueldad de pies a cabeza,

ahogad los remordimientos, y ni la compasión ni el escrúpulo sean parte a detenerme ni a colocarse entre el propósito y el golpe! ¡Espíritus del mal, inspiradores de todo crimen, incorpóreos, invisibles, convertid en hiel la leche de mis pechos! Baja, hórrida noche: tiende tu manto, roba al infierno sus densas humaredas, para que no vea mi puñal el golpe que va a dar, ni el cielo pueda apartar el velo de la niebla, y contemplarme y decirme a voces: «Detente». (Llega Macbeth). ¡Noble señor de Glamis y de Cádor, aún más ilustre que uno y otro por la profética salutación de las hechiceras! tu carta me ha hecho salir de lo presente, y columbrar lo futuro, y extasiarme con él.

LADY MACBETH

¿Y cuándo se va?

MACBETH

Dice que mañana.

LADY MACBETH

¡Nunca verá el sol de mañana! En tu rostro, esposo mío, leo como en un libro abierto lo que esta noche va a pasar. Disimula prudente; oculte tu semblante lo que tu alma medita. Den tu lengua, tus manos y tus ojos la bienvenida al rey Duncan; debes esconder el áspid entre las flores. Yo me encargo de lo demás. El trono es nuestro.

MACBETH

Ya hablaremos despacio.

LADY MACBETH

Muéstrate alegre.

ESCENA VI

Entrada del castillo de Macbeth. Sus criados alumbran con antorchas

DUNCAN, BANQUO Y LADY MACBETH

DUNCAN

¡Qué hermosamente situado está el castillo! ¡Cómo alegra los sentidos esta apacible brisa de la tarde!

BANQUO

La golondrina, eterna huésped del verano, moradora de las iglesias, pone en la arquitectura de sus nidos un vago recuerdo del cielo. De todo pilar, alero o ángulo suspende su prolífico lecho, y donde ellas anidan, parece que vive la alegría.

DUNCAN

¡Ved! ¡Ya sale la noble castellana! (A Macbeth). Muchas veces tenemos por amor lo que es verdadera desgracia. Pedid a Dios que os premie vuestro trabajo, y haga recaer en mí vuestros favores.

LADY MACBETH

Todo nuestro obsequio es poco para pagar tan altos beneficios y mercedes, y sobre todo la de haber honrado con vuestra presencia esta casa. Pedimos a Dios, en agradecimiento, todo género de favores presentes y futuros para vos.

DUNCAN

¿Dónde está Macbeth? Corrimos tras él para anticiparnos, pero la veloz carrera de su caballo y su amor, todavía más poderoso que su corcel, le dieron la ventaja, y llegó mucho antes que nosotros. Hermosa castellana, por esta noche reclamamos vuestra hospitalidad.

Criados vuestros somos: cuanto tenemos os pertenece.

DUNCAN

Dadme la mano, y guiadme a donde esté mi huésped, objeto perenne de mi gracia.

ESCENA VII

Galería en el castillo de Macbeth

MACBETH Y LADY MACBETH

MACBETH

¡Si bastara hacerlo... pronto quedaba terminado! ¡Si con dar el golpe, se atajaran las consecuencias, y el éxito fuera seguro... yo me lanzaría de cabeza desde el escollo de la duda al mar de una existencia nueva! ¿Pero cómo hacer callar a la razón que incesante nos recuerda sus máximas importunas, máximas que en la infancia aprendió y que luego son tortura del maestro? La implacable justicia nos hace apurar hasta las heces la copa de nuestro propio veneno. Yo debo doble fidelidad al rey Duncan. Primero, por pariente y vasallo. Segundo, porque le doy hospitalidad en mi castillo, y estoy obligado a defenderle de extraños enemigos, en vez de empuñar yo el hierro homicida. Además, es tan buen rey, tan justo y clemente, que los ángeles de su guarda irán pregonando eterna maldición contra su asesino. La compasión, niño recién nacido, querubín desnudo, irá cabalgando en las invisibles alas del viento, para anunciar el crimen a los hombres, y el llanto y agudo clamor de los pueblos sobrepujará a la voz de los roncospedrales. La ambición me impele a escalar la cima, ¿pero rodaré por la pendiente opuesta? (A Lady Macbeth). ¿Qué sucede?

LADY MACBETH

La cena está acabada. ¿Por qué te retiraste tan pronto de la sala del banquete?

MACBETH

¿Me has llamado?

LADY MACBETH

¿No lo sabes?

MACBETH

Tenemos que renunciar a ese horrible propósito. Las mercedes del Rey han llovido sobre mí. Las gentes me aclaman honrado y vencedor. Hoy he visto los arreos de la gloria, y no debo mancharlos tan pronto.

LADY MACBETH

¿Qué ha sido de la esperanza que te alentaba? ¿Por ventura ha caído en embriaguez o en sueño? ¿O está despierta, y mira con estúpidos y pasma-

dos ojos lo que antes contemplaba con tanta arrogancia? ¿Es ese el amor que me mostrabas? ¿No quieres que tus obras iguallen a tus pensamientos y deseos? ¿Pasarás por cobarde a tus propios ojos, diciendo primero: «lo haría» y luego «me falta valor»? Acuérdate de la fábula del gato.

MACBETH

¡Calla, por el infierno! Me atrevo a hacer lo que cualquiera otro hombre haría, pero esto no es humano.

LADY MACBETH

¿Pues es alguna fiera la que te lo propuso? ¿No eras hombre, cuando te atrevías, y buscabas tiempo y lugar oportunos? ¡Y ahora que ellos mismos se te presentan, tiemblos y desfalleces! Yo he dado de mamar a mis hijos, y se cómo se les ama; pues bien, si yo faltara a un juramento como tú has faltado, arrancarí el pecho de las encías de mi hijo cuando mis risueño me mirara, y le estrellaría los sesos contra la tierra.

MACBETH

¿Y si se frustra nuestro plan?

LADY MACBETH

¡Imposible, si aprietas los tornillos de tu valor! Duncan viene cansado del largo viaje, y se dormirá: yo embriagaré a sus dos servidores, de modo que se anuble en ellos la memoria y se reduzca a humo el juicio. Quedarán en sueño tan profundo como si fuesen cadáveres. ¿Quién nos impide dar muerte a Duncan, y atribuir el crimen a sus embriagados compañeros?

MACBETH

Tú no debías concebir ni dar a luz más que varones. Mancharemos de sangre a los dos guardas ebrios, y asesinaremos a Duncan con sus puñales.

LADY MACBETH

¿Y quién no creerá que ellos fueron los matadores, cuando oiga nuestras lamentaciones y clamoreo después de su muerte?

MACBETH

Estoy resuelto. Todas mis facultades se concentran en este solo objeto. Oculte, con traidora máscara, nuestro semblante lo que maquina el alma.

ACTO II
ESCENA PRIMERA

Patio en el castillo de Macbeth

BANQUO, FLEANCIO Y MACBETH

BANQUO

Hijo, ¿qué hora es?

FLEANCIO

No he oído el reloj, pero la luna va descendiendo.

BANQUO

Será media noche.

FLEANCIO

Quizá más tarde.

Toma la espada. El cielo ha apagado sus candiles, sin duda por economía. Me rinde el sueño con mano de plomo, pero no quiero dormir. ¡Dios mío! contén la ira que viene a perturbarme en medio del reposo. Dame la espada. ¿Quién es?

MACBETH

Un amigo tuyo.

BANQUO

¿Todavía estás en pie? El Rey se ha acostado más alegre que nunca, y ponderando mucho tu hospitalidad. Manda un diamante para tu mujer, a quien llama su linda huésped.

MACBETH

Por imprudencia quizás haya caído mi voluntad en faltas que, a disponer de su libre albedrío, hubiera evitado.

BANQUO

No sé que hayas cometido ninguna falta. Ayer soñé con las brujas. Por cierto que contigo han andado verídicas.

MACBETH

No me cuido de eso. Ya hablaremos otra vez con más espacio, si eso te complace.

BANQUO

Cuando quieras.

MACBETH

Si te guías por mi consejo, ganarás honra y favor.

BANQUO

Siempre que sea sin menoscabo de la lealtad que reina en mi pecho.

MACBETH

Vete a descansar.

BANQUO

Gracias.

(Vase con su hijo)

MACBETH

(A su criado). Di a la señora que me llame cuando tenga preparada mi copa. Tú, acuéstate. ¡Me parece estar viendo el puño de una daga vuelta hacia mí! ¡Ven a mis manos, puñal que toco aunque no veo! ¿O eres acaso sueño de mi delirante fantasía? Me pareces tan real como el que en mi mano resplandece. Tú me enseñas el arma y el camino. La cuchilla y el mango respiran ya sangre. ¡Vana ilusión! Es el crimen mismo el que me habla así. La Naturaleza reposa en nuestro hemisferio. Negros ensueños agitan al que ciñe real corona. Las brujas en su nefando sábado festejan a la pálida Hécate, y el escuálido homicidio, temeroso de los aullidos del lobo centinela suyo, camina con silencioso pie, como iba Tarquino a la mansión de la casta Lucrecia. ¡Tierra, no sientas el ruido de mis pies, no le adivines! ¡No pregonen tus piedras mi crimen! ¡Da tregua a los terrores de estas horas nocturnas! Pero, ¿a qué es detenerme en vanas palabras que hielan la acción? (Oyese una campana). ¡Ha llegado la hora! ¡Duncan, no oigas el tañido de esa campana, que me invita al crimen, y que te abre las puertas del cielo o del infierno!

ESCENA II

LADY MACBETH Y MACBETH

LADY MACBETH

La embriaguez en que han caído me da alientos. ¡Silencio! Es el chillido del búho, severo centinela de la noche. Abiertas están las puertas. La pócima que administré a los guardas los tiene entre la vida y la muerte.

MACBETH

(Dentro). ¿Quién es?

LADY MACBETH

Temo que se despierten, antes que esté consumado el crimen, y sea peor el amago que el golpe... Yo misma afilé los puñales... Si su sueño no se hubiera parecido al de mi padre, yo misma le hubiera dado muerte. Pero aquí está mi marido...

MACBETH

Ya está cumplido. ¿Has sentido algún rumor?

LADY MACBETH

No más que el canto del grillo y el chillido del búho. ¿Hablaste algo?

MACBETH

¿Cuándo?

LADY MACBETH

Ahora.

MACBETH

¿Cuando bajé?

LADY MACBETH

Sí.

MACBETH

¿Quién está en el segundo aposento?

LADY MACBETH

Donalbain.

¡Qué horror!

LADY MACBETH

¡Qué necesidad! ¿Por qué te parece horrible?

MACBETH

El uno se sonreía en sueños, el otro se despertó y me llamó: ¡asesino! Los miré fijo y con estupor; después rezaron y se quedaron dormidos.

LADY MACBETH

Como una piedra.

MACBETH

El uno dijo: «Dios nos bendiga», y el otro: «Amén». Yo no pude repetirlo.

LADY MACBETH

Calma ese terror.

MACBETH

¿Por qué no pude responder «Amén»? Yo necesitaba bendición, pero la lengua se me pegó al paladar.

LADY MACBETH

Si das en esas cavilaciones, perderás el juicio.

MACBETH

Creí escuchar una voz que me decía: «Macbeth, tú no puedes dormir, porque has asesinado al sueño». ¡Perder el sueño, que desteje la intrincada trama del dolor, el sueño, descanso de toda fatiga: alimento el más dulce que se sirve a la mesa de la vida!

LADY MACBETH

¿Por qué esa agitación?

MACBETH

Aquella voz me decía alto, muy alto: «Glamis ha matado al sueño; por eso no dormiré Cúdor, ni tampoco Macbeth».

LADY MACBETH

¿Pero qué voz era esa? ¡Esposo mío! no te domine así el torpe miedo, ni ofusque el brillo de tu razón. Lava en el agua la mancha de sangre de tus manos. ¿Por qué quitas de su lugar las dagas? Bien están ahí. Vete y ensucia con sangre los centinelas.

MACBETH

No me atrevo a volver ni a contemplar lo que hice.

¡Cobarde! Dame esas dagas. Están como muertos. Parecen estatuas. Eres como el niño a quien asusta la figura del diablo. Yo mancharé de sangre la cara de esos guardas.

(Suenan golpes)

MACBETH

¿Quién va? El más leve rumor me horroriza. ¿Qué manos son las que se levantan, para arrancar mis ojos de sus órbitas? No bastaría todo el Océano para lavar la sangre de mis dedos. Ellos bastarían para enrojecerle y mancharle.

LADY MACBETH

También mis manos están rojas, pero mi alma no desfallece como la tuya. Lllaman a la puerta del Mediodía. Lavémonos, para evitar toda sospecha. Tu valor se ha agotado en el primer ímpetu. Oye... Siguen llamando... Ponte el traje de noche. No vean que estamos en vela. No te pierdas en vanas meditaciones.

MACBETH

¡Oh, si la memoria y el pensamiento se extinguiesen en mí, para no recordar lo que hice!

(Siguen los golpes)

ESCENA III

EL PORTERO

¡Qué estrépito! Ni que fuera uno portero del infierno. ¿Quién será ese maldito? Algún labrador que se habrá ahorcado descontento de la mala cosecha... Y sigue alborotando... Será algún testigo falso, pronto a jurar en cualquiera de los platillos de la balanza. ¡Entra, malvado! ¡Y sigue dando! Será algún sastre inglés que ha sisado tela de unos calzones franceses. ¡Qué frío hace aquí aunque estamos en el infierno! Ya se acabó mi papel de diablo. A otra gente más lucida pensé abrir. No os olvidáis del portero.

ESCENA IV

MACDUFF, UN PORTERO, LÉNNOX Y MACBETH

MACDUFF

¿Cómo te levantas tan tarde? ¿Te acostaste tarde por ventura?

PORTERO

Duró la fiesta hasta que cantó por segunda vez el gallo.

MACDUFF

¿Se ha levantado tu señor?... Pero aquí viene. Sin duda le despertamos con los golpes.

LÉNNOX

(A Macbeth). ¡Buenos días! Macbeth

MACDUFF

¿Está despierto el Rey?

MACBETH

Todavía no.

MACDUFF

Me dijo que le llamara a esta hora.

MACBETH

Os quiero guiar a su habitación.

MACDUFF

Molestia inútil, por más que os agrade.

MACBETH

Esta es su puerta.

MACDUFF

Mi deber es entrar. (Vase)

LÉNNOX

¿Se va hoy el Rey?

MACBETH

Así lo tiene pensado.

LÉNNOX

¡Mala noche! El viento ha echado abajo nuestra chimenea, se han oído extrañas voces, gritos de agonía, cantos proféticos de muerte y destrucción. Las aves nocturnas no han cesado de graznar. Hay quien dice que la tierra misma se estremecía.

MACBETH

Tremenda ha sido, en verdad, la noche.

LÉNNOX

No recuerdo otra semejante. Verdad que soy joven.

MACDUFF MACBETH Y LÉNNOX

¿Qué?

MACDUFF

Una traición horrible. Un sacrilegio... El temple de la vida del Rey ha sido profanado.

MACBETH

¿Su vida?

LÉNNOX

¿La del Rey?

MACDUFF

Entrad en la alcoba, y lo veréis, si es que no ciegan vuestros ojos de espanto. No puedo hablar. Vedlo vosotros mismos... ¡A las armas! ¡Traición, malvados! ¡Donalbain, Banquo, Malcolm, alerta! ¡Lejos de vosotros ese sueño tan pesado como la muerte! Ved la muerte misma... Pronto... ¡Banquo, Malcolm! Dejad el lecho, venid, animados fantasmas, a contemplar esta escena de duelo.

LADY MACBETH

¿Qué es eso? ¿Por qué despertáis con tales gritos a la gente de la casa que aún duerme?

MACDUFF

En vuestros oídos, hermosa dama, no deben sonar otra vez nuestros lamentos. No es tanto horror para oídos de mujer. (Entra Banquo). ¡Banquo, Banquo! Nuestro Rey ha sido asesinado.

LADY MACBETH

¡Dios mío, y en mi casa!

BANQUO

Aquí y en todas sería horrible. Dime que no es verdad. Dímelo por Dios.

MACBETH

¡Ojalá hubiera muerto yo pocas horas antes! Mi vida hubiera sido del todo feliz. Ya han muerto para mí la gloria y la esperanza. He agotado el vino de la existencia, y sólo me que dan las heces en el vaso.

DONALBAIN

¿Qué es esto?

MACBETH

¿Y tú me lo preguntas? Se ha secado la fuente de la vida. Tu padre ha sido muerto.

MALCOLM LÉNNOX

Sin duda sus guardias, porque tienen manchadas de sangre las manos y la cara, y los ensangrentados puñales junto al lecho. En sus miradas se retrataba el delirio.

MACBETH

¡Cuánto siento que mi furor me llevara a darles instantánea muerte!

MACDUFF

¿Por qué lo hiciste?

MACBETH

¿Y quién se contiene en tal arrebato? ¿Cuándo se unió el furor con la prudencia, la lealtad con el sosiego? Mi amor al Rey venció a mi tranquila razón. Yo veía a Duncan teñido en su propia sangre, y cerca de él a los asesinos con el color de su oficio; veía sus puñales manchados también... ¿Quién podía dudar? ¿Quién que amase al Rey, hubiera podido de tener sus iras?

LADY MACBETH

Llebadme lejos de aquí.

MALCOLM

¡Y callamos! aunque no pocos pueden achacarnos el crimen.

DONALBAIN

Más vale callarnos y atajar nuestras lágrimas. Vamos.

MALCOLM

Disimulemos nuestra pena.

BANQUO

Cuidad a la señora. Después que nos vistamos, hemos de examinar más despacio este horrible suceso. En la mano de Dios están mis actos. Desde allí desafío toda sospecha traidora. Juro que soy inocente.

MACDUFF

Y yo también.

TODOS

Y todos.

MACBETH

Juntémonos luego en el estrado.

Así lo haremos.

MALCOLM

¿Qué haces? Nada de tratos con ellos. Al traidor le es fácil simular la pena que no siente. Iré a Inglaterra.

DONALBAIN

Y yo a Irlanda. Separados estamos más seguros. Aquí las sonrisas son puñales, y derraman sangre los que por la sangre están unidos.

MALCOLM

La bala de su venganza no ha estallado todavía. Nos conviene esquivarla. A caballo, y partamos sin despedirnos. Harta razón tenemos para escondernos.

ESCENA V

Exterior del Castillo

UN VIEJO, ROSS Y MACDUFF

UN VIEJO

En mis setenta años he visto cosas peregrinas y horrendas, pero nunca como esta noche.

ROSS

¡Venerable anciano! ¡Con qué cólera mira el cielo la trágica escena de los hombres! Ya ha amanecido, pero todavía la noche se resiste a abandonar su dominio. Quizá se avergüenza el día, y no se atreve a derramar su pura lumbre.

EL VIEJO

No es natural nada de lo que sucede. El martes un generoso halcón cayó en las garras de una lechuza.

ROSS

Los caballos de Duncan, los mejores de su casta, han quebrantado sus establos, y vueltos al estado salvaje, son terror de los palafreneros.

EL VIEJO

Ellos mismos se están devorando.

ROSS

Así es, ¡Qué horror miran mis ojos!... Pero aquí se acerca el buen Macduff. ¿Cómo están las cosas, amigo?

MACDUFF

Ya lo veis.

ROSS MACDUFF

Los que mató Macbeth.

ROSS

¿Y qué interés tenían?

MACDUFF

Eran pagados por los dos hijos del Rey difunto.

ROSS

¡Horror contra naturaleza! ¡La ambición se devora a sí misma! Y Macbeth sucederá en el trono.

MACDUFF

Ya le han elegido rey, y va a coronarse a Esconia.

ROSS

¿Y el cuerpo del rey Duncan?

MACDUFF

Lo llevan a enterrar a la montaña de San Colme, sepulcro de sus mayores.

ROSS

¿Te vas a Esconia, primo?

MACDUFF

A Fife.

ROSS

Yo a Esconia.

MACDUFF

Felicidad en todo. Adiós. Gusto más de la ropa nueva, que de la antigua.

ROSS

Adiós, buen viaje.

EL VIEJO

Quien saque como vosotros bien del mal, y haga amigo al enemigo, llevará la bendición de Dios.

ACTO III
ESCENA I

Palacio de Forres

BANQUO, MACBETH, UN CRIADO Y DOS SICARIOS

BANQUO (solo)

Ya eres rey, Macbeth, y señor de Glamis y de Cádor. Está cumplido en todas sus partes el vaticinio de las hechiceras, pero ¿quién sabe si la traición te habrá allanado el camino? Ni ha de quedar el cetro en tu linaje Si es verdad lo que nos dijeron, reyes han de ser mis hijos. ¿Por qué los oráculos que fueron veraces contigo no han de ser también propicios a mi ambición? Pero disimulemos.

MACBETH

Ya tenemos aquí a nuestro principal convidado.

LADY MACBETH

Grande hubiera sido su falta en el banquete.

MACBETH

Te convido a un gran festín que he de dar esta noche.

BANQUO

Vuestra Majestad puede mandarme, en vez de convidarme. Mi voluntad está indisolublemente unida a la vuestra.

MACBETH

¿Sales a caballo esta tarde?

BANQUO

Sí.

MACBETH

Si no, podrías ayudarme con tu consejo en la junta de esta tarde. Mañana será. ¿Vas lejos?

BANQUO

Pasearé hasta la hora de cenar. Si mi caballo no aprieta el peso, pediré prestadas a la noche una o dos horas.

MACBETH

No faltes.

BANQUO

No faltaré.

MACBETH

Tengo nuevas de que mis revoltosos deudos están refugiados en Inglaterra y en Irlanda. No confiesan su parricidio, y

BANQUO

Sí, y vendrá pronto, porque ya es hora.

MACBETH

Dios guíe con bien vuestros caballos y os vuelva pronto. Hasta la noche. (Vase Banquo). Vosotros haced lo que queráis hasta las siete. Vuestra compañía me será más grata a la hora de cenar, si en este momento me dejáis solo. Adiós, mis caballeros.

(Vanse todos)

MACBETH

(A un criado). ¿Me esperan ya esos hombres?

CRIADO

Están a la puerta de palacio.

MACBETH

Diles que entren. (Se va el criado). ¿De qué me sirve el poder sin la seguridad? Banquo es mi amenaza perpetua: su altiva condición me infunde miedo. Junta a su valor el ingenio y la prudencia. Me reconozco inferior a él como Marco Antonio a César. Él fue quien se atrevió a dirigir la palabra a las brujas cuando me aclamaron Rey, y a preguntarlas por su suerte futura, y ellas con fatídica voz le contestaron: «Tus hijos serán reyes». A mí me otorgan una corona estéril, un cetro irrisorio, que no pasará a mis hijos sino a los de un extraño. Yo vendré a ser el bienhechor de la familia de Banquo. Por servirla asesiné al Rey Duncan, y llené de hiel el cáliz de mi vida; y vendí al diablo el tesoro de mi alma. ¡Todo para hacer reyes a los hijos de Banquo! ¡Fatal destino mío, sálvame: lidia por mí esta batalla! ¿Quién es? (Entran los sicarios). (Al criado). Espera a la puerta hasta que llame. (Vase el criado). (A los sicarios). Ya oísteis ayer lo que deseo.

SICARIO 1. °

Sí, rey.

MACBETH

¿Habéis pensado bien lo que os dije? Él y no yo ha sido hasta ahora la causa de vuestros males. Ya os expliqué cómo se había burlado de vosotros: quiénes le ayudaron. En suma el más necio hubiera podido decir: «Tuvo la culpa Banquo.»

SICARIO 2. °

Verdad es lo que dices.

MACBETH

Y añado más, y vengo al objeto de este coloquio. ¿Hasta cuándo durará vuestra paciencia? ¿Manda el Evangelio que recéis a Dios por ese hombre y por su linaje, cuando os está empobreciendo y esquilmando y os tiene casi a punto de muerte?

SICARIO 1. °

También son perros los galgos y los mastines y los lebreles, y los de aguas y los de caza, pero se distinguen unos de otros por tener más o menos valor y fortaleza, y mejor o peor olfato. La naturaleza reparte con igualdad sus dones, y por eso las diversas castas tienen nombres distintos. Lo mismo sucede con los hombres. Si no queréis ser de los últimos y más abyectos, yo os daré un consejo que os libre para siempre de esa opresión y tiranía, y os haga acreedores a mi gratitud eterna, porque no puedo vivir en paz, si él no muere.

SICARIO 1. °

Señor, yo soy un hombre de esos tan maltratados por la suerte, que me arrojaré a cualquier cosa, por vengarme del mundo.

SICARIO 2. °

Tan mala ha sido mi fortuna, que para mejorarla o acabar de una vez, arriesgaré mi vida en cualquier lance.

MACBETH

Está bien. Banquo es enemigo vuestro.

SICARIO 2. °

Verdad, señor.

MACBETH

Y mío, a tal extremo que cada minuto de su vida es un tormento para mí. Yo podría sin cargo de conciencia deshacerme de él, pero tiene amigos que también lo son míos, y no quiero perderlos. Por eso acudo a vosotros, ya que hay poderosos motivos para que el golpe sea secreto.

SICARIO 2. °

Se hará vuestra voluntad, oh Rey.

SICARIO 1. °

Aunque perezcamos en la demanda.

MACBETH

Conozco vuestro denuedo. Pronto os diré en qué sitio habéis de emboscaros, y cuándo; porque esta misma noche ha de darse el golpe. Conviene

que sea lejos de palacio, para alejar de mí toda sospecha. No dejéis indicio alguno del crimen. Le acompaña su hijo Fleancio, que me estorba tanto como su padre. Por consiguiente, matadle también. Quedaos solos. Volveré luego.

LOS DOS SICARIOS

Estamos resueltos.

MACBETH

Volveré pronto... Entrad. .. ¡Oh, Banquo! esta noche o nunca subirá tu alma a los cielos.

ESCENA II

LADY MACBETH, MACBETH Y UN CRIADO

LADY MACBETH

¿Esté en palacio Banquo?

CRIADO

No, señora, pero esta noche vendrá.

LADY MACBETH

Di al Rey, que quiero hablarle un momento.

CRIADO

Así lo haré...

LADY MACBETH

¿De qué nos sirve haber logrado nuestros deseos, si no alcanzamos placer ni reposo? Es preferible la paz de nuestras víctimas, al falso goce que precede del crimen. (Entra Macbeth). Esposo mío, ¿por qué te atormentan siempre tan tristes recuerdos? Olvida lo pasado.

MACBETH

Hemos herido a la serpiente, pero no la hemos matado. Volverá a acometernos, mientras estemos cerca de sus dientes. ¡Húndase la tierra, arda el universo, antes que yo coma ni duerma en medio de tales espantos nocturnos! ¡Ojalá estuviera yo con mis víctimas, más bien que entregado a la tortura de mi pensamiento! Duncan no teme ya ni el hierro matador ni el veneno, ni la discordia, ni la guerra.

LADY MACBETH

Esposo mío, alegra ese semblante, para que nuestros huéspedes no adviertan esta noche tu agitación.

MACBETH

Así lo haré, amada mía. Fíjate en Banquo: muéstrate risueña con él, en la mirada y en las palabras. Todavía no estamos seguros; es preciso lavar nuestra honra en el río de la adulación, y convertir nuestros semblantes en hipócrita más cara.

LADY MACBETH

¡Oh, baste, baste!

MACBETH

Mi alma es un nido de sierpes... ¡Todavía respiran Banquo y Fleancio!

LADY MACBETH

No son inmortales.

MACBETH

¿Qué quieres decir?

MACBETH

Vale más que lo ignores, hasta que esté cumplido, y puedas regocijarte en ello. Ven, ciega noche, véndale los ojos al clemente día. Rompa tu mano invisible y ensangrentada la atroz escritura que causa mis terrores... Va creciendo la oscuridad: retorna el cuervo a la espesura del bosque: las aves nocturnas descienden anhelosas de presa... ¡Te horrorizan mis palabras! ¿Y por qué? Sólo el crimen puede consumir lo que ha empezado el crimen. Ven conmigo.

ESCENA III

Bosque de la entrada del palacio

ASESINOS, BANQUO Y SU HIJO FLEANCIO

ASESINO 1. °

¿Quién te ha enviado?

ASESINO 3. °

Macbeth.

ASESINO 2. °

No debemos dudar de él, puesto que sabe nuestro fin y propósito.

ASESINO 1. °

Ya muere el sol en occidente, y el pasajero aguija su caballo para llegar a la posada. Ya está cerca el que esperamos.

ASESINO 3. °

Suenan las herraduras de sus caballos.

Banquo (Dentro). ¡Luz!

ASESINO 2. °

¡Ahí está! Le aguardan en la llanura.

ASESINO 1. °

Se llevan los caballos.

ASESINO 3. °

Él, como los demás, se encamina a pie a palacio.

¡Luz, luz!

ASESINO 3. °

¡Ahí está!

ASESINO 1. °

Aguarda.

(Entran Banquo, su hijo Fleancio, un criado con antorcha)

BANQUO

Va a llover esta noche.

ASESINO 1. °

¡Muera!

(Le hierve)

BANQUO

¡Traición! Huye, hijo, y si puedes, venga mi muerte.

(Cae)

ASESINO 3. °

¿Por qué mataste la luz?

ASESINO 1. °

¿No hice bien?

ASESINO 3. °

Ha muerto uno solo. El hijo huye.

ASESINO 2. °

Hemos perdido la mitad de la pago.

ASESINO 1. °

Vamos a dar cuenta a Macbeth.

ESCENA IV

Sala de palacio. Mesa preparada para un festín

MACBETH, LOS CONVIDADOS, , ASESINO 1. ° y LENNOX

LENNOX

Sentaos, según vuestra categoría y nobleza. Bienvenidos seáis todos.

LOS CONVIDADOS

Gracias.

MACBETH

Siéntese la reina en el trono, y démosle la bienvenida.

LADY MACBETH

Gracias. Dádsela a nuestros convidados. Os saludo de todo corazón, señores.

MACBETH

Con todo el alma te lo agradecen. (A Lady Macbeth). Los dos lados iguales: yo en medio. Alegraos, brindaremos juntas. (Se presenta el asesino 1. °). Traes manchada la cara de sangre.

ASESINO 1. °

Sangre de Banquo.

MACBETH

Más vale que sea la suya que la tuya. ¿Queda muerto?

ASESINO 1. °

Le degollé, señor.

MACBETH

¡Matador excelente te debo apellidar, y mas, si acabaste también con Fleancio!

ASESINO 1. °

¡Oh rey! huyó.

MACBETH

¡Y siguen mis temores! Si él hubiera muerto, yo sería feliz, duro como el mármol y las rocas, libre como el aire. Pero ahora me veo receloso, inquieto, entre dudas y temores. ¿Y Banquo murió de veras?

ASESINO 1. °

Cayó en una zanja profundísima, con veinte heridas en la cabeza, la menor de ellas mortal.

MACBETH

Gracias infinitas. Muerta está la serpiente, pero ese retoño fugitivo ha de envenenarnos con el tiempo. Todavía no ha echado dientes. Vuelve mañana. Aun tenemos que hablar.

(Se va el asesino)

LADY MACBETH

Esposo, anima con tu presencia y tus palabras la languidez del festín. Si no has de hacerlo, más valdrá comer solos. La alegría es la salsa de las cenas.

MACBETH

¡Dulce maestra mía! La buena digestión venga hoy después del apetito, y tras ellos la salud.

LÉNNOX

Tomad asiento, rey.

MACBETH

Congregada tendríamos esta noche la flor de la monarquía, si no nos faltase el ilustre Banquo. Quiero culpar su negligencia, más bien que imaginar que le haya acontecido alguna desgracia.

(El espectro de Banquo ocupa el sitio de Macbeth).

LÉNNOX

Honradnos, señor, tomando asiento.

MACBETH

¿Dónde? No le encuentro.

LÉNNOX

Aquí le tenéis, señor.

MACBETH

¿Dónde?

LENNOX

Señor, aquí. ¿Pero qué agitación es la vuestra?

MACBETH

¿Quién de vosotros ha hecho esto?

LENNOX

¿Qué, señor?

MACHETH

Yo no...yo no lo hice... no me mires agitando tu cabellera tinta en sangre.

ROSS

Levantaos: el rey está enfermo.

No, no, continuad sentados. Son accidentes que desde joven padece mi marido. No os levantéis. Es cosa de un momento. Veréis cuál se repone en seguida. No os fijéis en él, porque se aumentará su delirio. (Aparte a Macbeth). ¡Y dices que eres hombre!

MACBETH

Y hombre fuerte, pues que me atrevo a mirar de hito en hito lo que pondría espanto al mismo Satanás.

LADY MACBETH

¡Necedad insigne! ¡Sombras que finge el miedo! Es como aquel puñal que decías que te guiaba por el aire, cuando mataste al rey Duncan. ¡Consejas, tolerables sólo en boca de una anciana, al amor de la lumbre! ¡Vergüenza para ti! ¡Y aún sigues turbado! ¡No ves que tu asiento está vacío!

MACBETH

¡No, no...Mira, mira!... ¿No lo ves?... ¿Qué dices ahora?... Pero ¿qué importa lo que digas? ¿Mueves la cabeza en signo de incredulidad?... Habla, habla... Si los sepulcros nos arrojan su presa, los palacios se trocarán en festín de buitres.

(Se va la sombra)

LADY MACBETH

¿Estás loco?

MACBETH

Te juro, por mi alma, que le he visto.

LADY MACBETH

¿Y no te avergüenzas?

MACBETH

Siempre se ha derramado sangre. Desde que el mundo es mundo, ha habido crímenes atroces. Pero antes el muerto muerto se quedaba. Ahora las sombras vuelven y nos arrojan de nuestros sitios.

LADY MACBETH

Tus caballeros reclaman tu presencia.

MACBETH

No me acordaba de ellos. ¡Amigos! ¡Míos nobles caballeros! no hagáis caso de mí. Si me conocierais bien no os extrañaría este súbito accidente. ¡Salud, amigos! Brindemos a la salud de nuestro amigo Banquo, único que nos falta. ¡Ojalá llegue pronto! ¡Brindo por vosotros, y por él y por todos!

LOS CONVIDADOS

Nosotros repetimos el brindis.

(Vuelve a aparecer la sombra)

MACHETH

¡Lejos, lejos de mí!... Que la tierra te trague... Mi sangre se hiela: falta a mis huesos el tuétano... la lumbre de mis ojos se oscurece.

LADY MACBETH

El accidente vuelve: no es grave, pero descompone la fiesta.

MACBETH

Yo no temo nada de lo que puedan temer los hombres. Ven a mí en forma de tigre de Hircania, de oso o de rinoceronte: no se agitarán mis nervios. O vuelve a la vida, y rétame a lid campal, hierro a hierro, y si tiemblo al ir a encontrarte, llámame hijo de mi nodriza... Pero no vengas como sombra. ¡Huye de mí, formidable espectro! (Desaparece la sombra). Ya se retira, y vuelvo a ser hombre. Sentaos otra vez: os lo suplico.

LADY MACBETH

Con ese delirio has turbado la alegría del convite.

MACBETH

¿Y cómo no asombrarnos, cuando estalla esa borrascosa nube de verano? Ahora dudo de mi razón viendo que podéis contemplar tales apariciones sin que vuestro rostro palidezca.

ROSS

¿De qué apariciones hablas?

LADY MACBETH

¡Silencio! La contradicción le molesta. Podéis retiraros sin ceremonia. Idos pronto.

LOS CONVIDADOS

Buenas noches, y descanse el Rey.

LADY MACBETH

Buenas noches.

MACBETH

¡Sangre pide! La sangre clama por sangre; ya lo dice el proverbio. Hasta los árboles hablan a la voz del agorero, o por natural virtud. Y a veces la voz de la urraca, del cuervo, o del grajo, ha delatado al asesino. ¿Qué hora es?

LADY MACBETH

La noche combate con las primeras horas del día.

MACBETH

Macduff se niega a obedecerme, y a reconocer mi autoridad.

MACBETH

No, pero tengo noticias ciertas de él por mis numerosos espías. Mañana temprano iré a ver a las brujas. Quiero apurarlo todo, y averiguar el mal, aunque sea por medios torcidos. Todo debe rendirse a mi voluntad. Estoy nadando en un mar de sangre, y tan lejos ya de la orilla, que me es indiferente bogar adelante o atrás. Es tiempo de obras y no de palabras. Descienda el pensamiento a las manos.

LADY MACBETH

Te falta la sal de la vida, el sueño.

MACBETH

Pues a dormir. ¡Mi terror, nacido de la falta de costumbre, me quite el sueño! ¡Soy novicio en el crimen!

ESCENA V

Un páramo. Tempestad

BRUJA 1.ª

Oh Hécate, tu semblante muestra a las claras tu enojo.

HÉCATE

¿Y no tengo razón, impertinentes viejas? ¿Por qué, siendo yo la fuente de vuestro poder y de todos los males humanos, habéis osado, sin pedirme consejo, ni acudir a mi ciencia, tratar con Macbeth por enigmas? ¡Y todo en provecho de un ingrato, de un ambicioso, que sólo mira a su interés, y no se acuerda de vosotras! Antes que el sol se ponga, venid a los antros tartáreos; no dejéis de traer ninguna de vuestras redomas, encantos y conjuros. Ahora, a volar. Esta noche ha de cumplirse una evocación tremenda. De la luna pende una gota de vapor que he de coger esta misma noche antes que caiga. Yo la destilaré con mi ciencia maravillosa, y evocaré genios de tal virtud que le traigan lisonjeramente engañado hasta el abismo. No temerá la muerte: confiará en su estrella; podrá más su esperanza que su buen juicio o sus temores, y ya veis que hombre excesivamente confiado está medio perdido.

(Se oye dentro una voz). ¡Venid, venid!

HÉCATE

¿Oís la voz del genio? Camina en esa transparente nube.

LAS BRUJAS

Vámonos, que pronto volverá.

ESCENA VI

Palacio de Forres

LÉNNOX Y EL SEÑOR

LÉNNOX

Te asombra lo que he dicho. Pero, sigue tú discurrendo. Macbeth mostró mucho sentimiento por la muerte de Duncan... ¡Es claro, como que estaba muerto! Banquo salió a pasear muy tarde, y quizá le mataría su hijo, puesto que huyó en seguida. ¿Y a quién se le ocurre salir a pasear de noche?... ¿No fue cosa monstruosa el parricidio de Malcolm y Donalbain?!Cómo le angustió a Macbeth!... Tanto que en seguida mató a los guardas, dominados por el sueño y el vino... ¡Lealtad admirable!... o gran prueba de talento. Hizo bien, porque ¿quién hubiera podido oír con calma que negaban el crimen? A fe mía que si cayeran en manos de Macbeth (lo cual no es fácil, ni Dios permita) los hijos de Duncan, ya habrían de ver lo que es matar a su padre, y lo mismo el hijo de Banquo. Pero callemos, que por hablar demasiado y por huir de la mesa del Rey, anda perseguido Macduff. ¿Sabes dónde está?

EL SEÑOR

Malcolm, el heredero del trono de Duncan, usurpado por ese tirano, vive en Inglaterra, al amparo del santo rey Eduardo, y dando brillantes muestras de lo claro de su estirpe. Macduff ha ido a aquella corte, a solicitar el auxilio del valeroso duque Suardo. Con su ayuda, y sobre todo con la del Dios de los ejércitos, no volverá el puñal a turbar nuestros sueños, y vivirán seguros los leales. La indignación del Rey, al saberlo, ha sido tanta, que va a declarar la guerra.

LÉNNOX

¿Y no llamó antes a Macduff?

EL SEÑOR

Sí le llamó, pero él contestó rotundamente que no, volvió la espalda al mensajero, y parecía decir entre dientes: «Muy cara os ha de costar mi respuesta».

LÉNNOX

Será un aviso para que proceda con cautela, y no se exponga a nuevas asechanzas. Vaya a Inglaterra un ángel con la noticia de todo lo ocurrido,

antes que Macduff vuelva. Caigan de nuevo las bendiciones de Dios sobre esta tierra infeliz oprimida por un tirano.

EL SEÑOR

Óigate el cielo.

ACTO IV
SCENA PRIMERA

El antro de las brujas. En media de una caldera hirviendo. Noche de tempestad

BRUJAS, HÉCATE, MACBETH, VARIAS BRUJAS Y LÉNNOX

BRUJA 1.^a

Tres veces ha mayado el gato.

BRUJA 2.^a

Tres veces se ha lamentado el erizo.

BRUJA 3.^a

La arpía ha dado la señal de comentar el encanto.

BRUJA 1.^a

Aumente el trabajo: crezca la labor: hierva la caldera.

BRUJA 3.^a

Lancemos en ella la piel de la víbora, la lana del murciélago amigo de las tinieblas, la lengua del perro, el dardo del escorpión, ojos de lagarto, músculos de rana, alas de lechuza... Hierva todo esto, obedeciendo al infernal conjuro.

BRUJAS

Aumente el trabajo: crezca la labor: hierva la caldera.

BRUJA 3.^a

Entren en ella colmillos de lobo, escamas de serpiente, la abrasada garganta del tiburón, el brazo de un sacrílego judío, la nariz de un turco, los labios de un tártaro, el hígado de un macho cabrío, la raíz de la cicuta, las hojas del abeto iluminadas por el tibio resplandor de la luna, el dedo de un niño arrojado por su infanticida madre al pozo... Unamos a todo esto las entrañas de un tigre salvaje.

TODAS LAS BRUJAS

Aumente el trabajo: crezca la labor: hierva la caldera.

BRUJA 2.^a

Para aumentar la fuerza del hechizo, humedecedlo todo con sangre de mono.

HÉCATE

Alabanza merece vuestro trabajo; y yo le remuneraré. Danzad en torno de la caldera, para que quede consumado el encanto.

BRUJA 2.^a

Ya me pican los dedos: indicio de que el traidor Macbeth se aproxima. Abríos ante él, puertas.

MACBETH

Misteriosas y astutas hechiceras, ¿en qué os ocupáis?

LAS BRUJAS

En un maravilloso conjuro.

MACBETH

En nombre de vuestra ciencia os conjuro. Aunque la tempestad se desate contra los templos, y rompa el mar sus barreras para inundar la tierra, y el huracán arranque de cuajo las espigas, y derribe alcázares y torres; aunque el mundo todo perezca y se confunda, responded a mis interrogaciones.

BRUJA 1.^a

BRUJA 2.^a

Pregúntanos.

BRUJA 3.^a

A todo te responderemos.

BRUJA 1.^a

¿Quieres que hablemos nosotras o que contesten los genios, señores nuestros?

MACBETH

Invocad a los genios, para que yo los vea.

BRUJA 1.^a

Verted la sangre del cerdo: avivad la llama con grasa resudada del patíbulo.

LAS BRUJAS

Acudid a mi voz, genios buenos y malos. Haced ostentación de vuestro arte.

(En medio de la tempestad, aparece una sombra, armada, con casco)

MACBETH

Respóndeme, misterioso genio.

BRUJA 1.^a

Él adivinará tu pensamiento. Óyele y no le hables.

LA SOMBRA

Recela tú de Macduff, recela de Macduff. Adiós... Dejadme.

MACBETH

No sé quién eres, pero seguiré tu consejo, porque has sabido herir la cuerda de mi temor. Oye otra pregunta.

BRUJA 2.^a

No te responderá, pero ahora viene otra sombra.

(Aparece la sombra de un niño cubierto de sangre)

La sombra

Si eres cruel, implacable y sin entrañas, ninguno de los humanos podrá vencerte.

Macbeth

Entonces ¿por qué he de temer a Macduff?... Puede vivir seguro... Pero no... es más seguro que perezca, para tener esta nueva prenda contra el hado... No le dejaré vivir; desmentiré así a los espectros que finge el miedo, y me dormiré al arrullo de los truenos.

(La sombra de un niño, con corona y una rama de árbol en la mano)

¿Quién es ese niño que se ciñe altanero la corona real?

BRUJAS

Óyele en silencio.

LA SOMBRA

Sé fuerte como el león; no desmaye un punto tu audacia; no cedas ante los enemigos. Serás invencible, hasta que venga contra ti la selva de Birnam, y cubra con sus ramas a Dunsmania.

MACBETH

¡Eso es imposible! ¿Quién puede mover de su lugar los árboles y ponerlos en camino? Favorables son los presagios. ¡Sedición, no alces la cabeza, hasta que la selva de Birnam se mueva! Ya estoy libre de todo peligro que no sea el de pagar en su día la deuda que todos tenemos con la muerte. Pero decidme, si es que vuestro saber penetra tanto: ¿reinarán los hijos de Banquo?

LAS BRUJAS

Nunca podrás averiguarlo.

MACBETH

Decídmelo. Os conjuro de nuevo y os maldeciré, si no me lo reveláis. Pero ¿por qué cae en tierra la caldera?... ¿Qué ruido siento?

LAS BRUJAS

Mira. ¡Sombras, pasad rápidas, atormentando su corazón y sus oídos!

(Pasan ocho reyes, el último de ellos con un espejo en la mano. Después la sombra de Banquo)

MACBETH

¡Cómo te asemejas a Banquo!... Apártate de mí... Tu corona quema mis ojos... Y todos pasáis coronados... ¿Por qué tal espectáculo, malditas viejas?... También el tercero... Y el cuarto... ¡Saltad de vuestras órbitas, ojos míos!... ¿Cuándo, cuándo dejaréis de pasar?... Aún viene otro... el séptimo... ¿Por qué no me vuelvo ciego?... Y luego el octavo... Y trae un espejo, en que me muestra otros tantos reyes, y algunos con doble corona y triple cetro... Espantosa visión... Ahora lo entiendo todo... Banquo, pálido por la reciente herida, me dice sonriéndose que son de su raza esos monarcas... Decidme, ¿es verdad lo que miro?

Verdad es, pero ¿a qué tu espanto?... Venid, alegraos, ya se pierde en los aires el canto del conjuro; gozad en misteriosa danza; hagamos al Rey el debido homenaje.

(Danzan y desaparecen)

MACBETH

¿Por dónde han huido?... ¡Maldita sea la hora presente!

LÉNNOX

¿Qué hay?

MACBETH

¿No has visto a las brujas?

LÉNNOX

No.

MACBETH

¿No han pasado por donde tú estabas de guardia?

LÉNNOX

No.

MACBETH

¡Maldito sea el aire que las lleva! ¡Maldito quien de ellas se fia! Siento ruido de caballos; ¿quiénes son?

LÉNNOX

Mensajeros que traen la noticia de que Macduff huye a Inglaterra.

MACBETH

¿A Inglaterra?

LÉNNOX

Así dicen.

MACBETH

El tiempo se me adelanta. La ejecución debe seguir al propósito, el acto al pensamiento. Necesito entrar en Fife, y degollar a Macduff, a su mujer y a sus hijos y a toda su parentela... Y hacerlo pronto, no sea que el propósito se frustre, y quede en vana amenaza. Basta de agujeros y sombras.

ESCENA II

Castillo de Macduff

LADY MACDUFF

¿Por qué esa inesperada fuga?

ROSS

Tranquilízate, señora.

LADY MACDUFF

¡Qué locura hizo! El miedo nos hace traidores.

ROSS

¿Quién sabe si fue miedo o prudencia?

LADY MACDUFF

¿Prudencia dejar su mujer, sus hijos y su hacienda, expuestos a la venganza de un tirano?... No creo en su cariño... El ave más pequeña y débil de todas resiste a la lechuza, cuando se trata de defender su prole... En Macduff ha habido temor sobrado y ningún amor. Su fuga es cobardía y locura.

ROSS

Tranquilízate, prima mía. Tu marido es bueno y prudente, y sabe bien lo que hace. Pero vivimos en tan malos tiempos que a veces somos traidores hasta sin saberlo, y tememos y recelamos sin causa, como quien cruza un mar incierto y proceloso. Adiós. Volveré pronto. Quizá se remedie todo y luzca de nuevo el sol de la esperanza. Adiós, hermosa prima. Dios te bendiga.

LADY MACDUFF

Mi hijo está huérfano aunque tiene padre.

ROSS

No puedo detenerme más. Sería en daño vuestro y mío.

LADY MACDUFF (A su hijo).

Y ahora que estás sin padre, ¿cómo vivirás, hijo mío? Hijo

Madre mía, como los pájaros del cielo.

LADY MACDUFF

¿Con insectos y moscas?

HIJO

Con lo que encuentre, como hacen ellas.

¡Infeliz! ¿Y no temerás redes, liga ni cazadores?

HIJO

¿Y por qué he de temerlos, madre? Nadie caza a los pájaros pequeños. Y además, mi padre no ha muerto.

LADY MACDUFF

¿Qué harías por tener padre?

HIJO

¿Y tú por tener marido?

LADY MACDUFF

Compraría veinte en cualquier parte.

HIJO

Para venderlos después.

LADY MACDUFF

Muy agudo eres para tus años.

HIJO

Dices que mi padre fue traidor.

LADY MACDUFF

Sí.

HIJO

¿Y qué es ser traidor?

LADY MACDUFF

Faltar a la palabra y al juramento.

HIJO

¿Eso se llama traición?

LADY MACDUFF

Y quien la comete merece ser ahorcado.

HIJO

¿Todo el que la comete?

LADY MACDUFF

Todos.

HIJO

¿Y quién Los ha de ahorcar?

LADY MACDUFF

La gente honrada.

HIJO

Entonces bien necios son los traidores, porque, siendo tantos, parece que habrían de ser ellos los que ahorcasen a la gente de bien.

LADY MACDUFF

¿Qué harías por tener padre?

HIJO

Si hubiera muerto de veras, tú estarías llorando, y si no llorabas, era indicio claro de que pronto tendría yo otro padre.

LADY MACDUFF

Gracioso estás, pobre hijo mío.

UN MENSAJERO

Dios te bendiga y salve, hermosa castellana. No te conozco, pero el honor me obliga a avisarte que se acerca a ti un inminente peligro. Sigue mi consejo. Huye en seguida con tus hijos. Quizá te parezca rudo mi aviso, pero sería cruel dejarte en las garras de los asesinos. Adiós. No puedo detenerme.

LADY MACDUFF

¿Y a dónde voy? ¿Qué pecado he cometido? Estoy en un mundo donde a veces se tiene por locura hacer el bien, y se tributan elogios a la maldad. ¿De qué me sirve la pueril excusa de no haber hecho mal a nadie?... Pero ¿qué horribles semblantes son los que miro?...

ASESINOS

¿Dónde está tu marido?

LADY MACDUFF

No en parte tan infame donde tus ojos puedan verle.

ASESINO 1.º

(Al niño). Eres un traidor.

HIJO

Mentira, vil sicario.

Muere, pollo en cascarón.

(Le hiera)

HIJO

Me ha matado. Huye, madre, sálvate.

ESCENA III

Palacio real en Inglaterra

MALCOLM, MACDUFF, UN DOCTOR Y ROSS

MALCOLM

Busquemos sitio apartado donde poder llorar.

MACDUFF

Eso no: empuñemos el hierro de la venganza, en defensa de la patria oprimida. Cada día suben al cielo nuevos clamores de viudas y huérfanos, acompañando el duelo universal de Escocia.

MALCOLM

Mucho lo lamento, pero no creo más que lo que sé. Remediaré lo que pueda y cuando pueda. Tendrás razón en todo lo que dices. Pero acuérdate que ese tirano, cuyo nombre mancha la lengua al pronunciarlo, parecía bueno, y tú mismo le tu viste por tal. Y además a vosotros no os ha hecho mal ninguno. ¿Si querréis engañarme, sacrificándome como un cordero en las aras de ese ídolo?

MACDUFF

Nunca he sido traidor.

MALCOLM

Pero lo fue Macbeth... Perdóname... no me atrevo a adivinar lo

que eres. Mira si resplandecen y son puros los ángeles, y sin embargo, el más luciente de ellos cayó. Muchas veces el crimen toma la máscara de la virtud.

MACDUFF

¡Perdí toda esperanza!

MALCOLM

Siempre me quedan mis dudas. ¿Por qué has dejado abandonados a tu mujer y a tus hijos, a cuanto quieres en el mundo? Perdóname. Quizá te ofendan mis recelos. Puede ser también que tengas razón. Pero yo con esos recelos me defiendo.

MACDUFF

¡Llora sin tregua, pobre Escocia! Horrible tiranía pesa sobre ti: los buenos se callan, y nadie se atreve a resistirla. Has de sufrir en calma tus males, ya que tu Rey vacila y tiembla. Señor, me juzgas mal. No sería yo traidor ni aun a precio

MALCOLM

No he querido ofenderte, ni desconfío de ti en absoluto. Sé que nuestra pobre Escocia suda llanto y sangre, oprimida por ese bárbaro. Sé que cada día aumentan y se enconan sus heridas. Creo también que a mi voz muchos brazos se levantarían. Ahora mismo Inglaterra me ofrece miles de combatientes. Pero cuando llegase yo a pisotear la cabeza del tirano o a llevarla en mi lanza, no sería más feliz la patria bajo el reinado del sucesor de Macbeth, antes crecerían sus infortunios.

MACDUFF

¿De qué sucesor hablas?

MALCOLM

De mí mismo. Llevo de tal manera en mí las semillas de todos los vicios, que cuando fructifiquen, parecerán blancas como la nieve las ensangrentadas sombras de las víctimas de Macbeth, y quizá bendigan su memoria los súbditos, al contemplar mi horrenda vida.

MACDUFF

¡Pero si en los infiernos mismos no hay un ser más perverso que Macbeth!

MALCOLM

Te concedo de buen grado que es cruel, lascivo, hipócrita, falso, avaro, iracundo, y que se juntan en él todas las maldades del mundo. Pero también es atroz mi lujuria; no bastarían a saciarla todas vuestras hijas y espo-

sas; no habría dique que pudiera oponerse a mi deseo... No... no... prefiero que reine Macbeth.

MACDUFF

Terrible enemigo del cuerpo es la incontinenencia, y de ella han sido víctimas muchos reyes, y por ella han sido asolados florecientes imperios. Pero no temáis, señor. El campo del placer es espacioso. No faltan bellezas frágiles, y aunque tu voracidad sea como la del buitre, has de acabar por cansarte de tantas como acudirán, ufanas de su pomposa deshonra.

MALCOLM

Además, ruge en mi pecho condición tan indomable, que si fuera rey, no tendría yo reparo en matar a un noble por despojarle de sus heredades y castillos, o condenarle por falsas acusaciones, aunque él fuera espejo de lealtad, para enriquecerme con sus despojos.

MACDUFF

La lujuria es viento de estío, pero la codicia echo raíces mucho más profundas en el alma. Ella ha sido la espada matadora de muchos reyes nuestros. Pero no importa. Los tesoros de Escocia han de colmar tu deseo. Si no tienes otros vicios que esos, aún son tolerables.

MALCOLM

Es que no tengo ninguna cualidad buena. No conozco, ni aun de lejos, la justicia, la templanza, la serenidad, la constancia, la clemencia, el valor, la firmeza en los propósitos, la generosidad. No hay vicio alguno de que yo carezca. Si yo llegara a reinar, echaría al infierno la miel de la concordia, y asolaría y confundiría el orbe entero.

MALCOLM

Así soy. Di si me crees digno de reinar.

MACDUFF

No, ni tampoco de vivir sobre la tierra. ¡Pobre patria mía, vil despojo de un tirano que mancha en sangre el cetro que usurpó! ¿Cómo restaurar tu antigua gloria, si el vástago de tus reyes está maldiciendo de sí mismo, y de todo su linaje? Tu padre, señor, era un santo: tu madre vivía muerta para el mundo, y pasaba de hinojos y en oración el día. Adiós, señor, los vicios de que habláis me arrojan de Escocia. Muerta está mi última esperanza.

MALCOLM

No... muerta no... Esa noble indignación que muestras, es un grito de tu alma generosa, y viene a disipar todos mis temores. Veo claras tu lealtad y

tu inocencia. Macbeth ha querido más de una vez engañarme con artificios parecidos, y por eso me guardo de la nimia credulidad. ¡Sea Dios juez entre nosotros! Me pongo en tus manos: me arrepiento de haber sospechado de ti, bien contra mi natural instinto, y de haberme calumniado, atribuyéndome los vicios que aborrezco más. Soy continente. Nunca he faltado a mi palabra. No he codiciado lo ajeno ni aun lo propio. No haría una traición al mismo Lucifer, y amo la verdad tanto como la vida. Hoy es la primera vez que he faltado a ella, y eso en contra mía. Tal como soy verdaderamente, me ofrezco a ti y a nuestra Escocia oprimida... Cuando tú has llegado, el viejo Suardo preparaba una expedición de diez mil guerreros. Todos iremos juntos. ¡Dios nos proteja, pues tan santa y justa es nuestra causa! Di, ¿por qué callas?

MACDUFF

¿Y quién no queda absorto al ver unidos tan faustos y tan infelices sucesos?

(Entra un médico)

MALCOLM

Ya hablaremos. (Al doctor). ¿Viene el Rey?

DOCTOR

Ya le espera un tropel de enfermos, que aguarda de sus manos la salud. Él los cura con el tacto de sus benditas manos.

MALCOLM

Gracias, doctor.

MACDUFF

¿Y de qué enfermedad cura el Rey?

MALCOLM

De las escrófulas. Es un milagro patente. Desde que estoy en Inglaterra, lo he visto muchas veces. No se sabe cómo logra tal favor del cielo, pero a los enfermos más desesperados, llenos de úlceras y llagas, los cura con sólo colgarles medallas del cuerpo, y pronunciar alguna devota oración. Dicen que esta sobrenatural virtud pasa de unos a otros reyes de Inglaterra. Tiene además el don de profecía, y otras mil bendiciones celestes, prueba no dudosa de su santidad.

MACDUFF

De mi tierra es, pero no le conozco.

(Entra Ross)

MACDUFF

Con bien vengas, ilustre pariente mío.

MALCOLM

Te recuerdo. ¡Oh, Dios mío, haz que no volvamos a mirarnos como extraños!

ROSS

Dios te oiga, señor.

MACDUFF

¿Sigue en el mismo estado nuestra patria?

ROSS

¡Oh, desdichada Escocia! Ya no es nuestra madre, sino nuestro sepulcro. Sólo quien no tenga uso de razón, puede sonreír allí. No se oyen más que suspiros y lamentos. El dolor se convierte en locura. Banquo ha muerto, sin que nadie pregunte por qué. Las almas puras se marchitan como las flores.

MACDUFF

Esa narración quizá tenga más de poética que de verdadera.

MALCOLM

¿Y cuáles son los crímenes más recientes?

ROSS

Uno nuevo a cada hora.

MACDUFF

¿Qué es de mi mujer?

ROSS

¿Tu mujer?... Está bien.

MACDUFF

¿Y mis hijos?

MACDUFF

¿El tirano ha intentado algo contra ellos?

ROSS

En paz los dejé cuando salí de Escocia.

MACDUFF

No seas avaro de palabras. Dime la verdad.

ROSS

Quando vine a traeros estas noticias, decíase que se habían levantado numerosas huestes contra el tirano, y que éste se aprestaba a combatirlos. La ocasión se presenta favorable. Si acudes pronto, hasta las mujeres se alzarán para romper sus cadenas.

MALCOLM

Pronto iremos a salvarlos. Inglaterra nos ayuda con diez mil hombres mandados por el valiente Suardo, el mejor caudillo de la cristiandad.

ROSS

¡Ojalá que yo pudiera consolarme como tú, pero mis desdichas son de tal naturaleza que debo confiarlas a los vientos, y no donde las oiga nadie.

MACDUFF

¿Es desdicha pública o privada?

ROSS

Todo hombre de bien debe lamentarse de ellas, pero a ti te toca la mayor parte.

MACDUFF

Entonces no tardes en decírmela.

ROSS

No se enojen tus oídos contra mi lengua, aunque se vea forzada a pronunciar las más horrendas palabras que nunca oíste.

MACDUFF

¡Dios mío! Casi lo adivino.

ROSS

Tu castillo fue saqueado: muertos tu esposa y tus hijos. No me atrevo a referirte cómo, para no añadir una más a las víctimas.

¡Dios poderoso! Habla. No ocultes tu rostro. Es más tremendo el dolor que no se expresa con palabras.

MACDUFF

¿Y mis hijos también?

ROSS

Percieron tu esposa y tus hijos y tus criados, y cuantos estaban allí.

MACDUFF

¿Por qué no estaba yo? ¿Y también mi mujer?...

ROSS

También.

MALCOLM

¡Serenidad! La venganza, única medicina de nuestros males, ha de ser tremenda.

MACDUFF

¡Pero Macbeth no tiene hijos!... Hijos míos... ¿Todos perecieron?... ¿Todos?... ¿Y su madre también?... ¿Y de un solo golpe?

MALCOLM

Véngate como un hombre.

MACDUFF

Sí que me vengaré, pero soy hombre, y siento y me atormenta la memoria de lo que más quise en el mundo. ¡Y lo vio el cielo y no se apiadó de ellos! ¡Ah, pecador Macduff, tú tienes la culpa de todo! Por ti han perecido aquellos inocentes. ¡Dios les dé la gloria eterna!

MALCOLM

Tu dolor afile tu espada e inflame tu brío. Sírvate de aguijón y no de freno.

MACDUFF

Aunque lloraran mis ojos como los de una mujer, mi lengua hablaría con la audacia de un varón. ¡Dios mío, ponme enfrente de ese demonio, y si se libra de mi espada, consentiré hasta que el cielo le perdone!

MALCOLM

Esas ya son palabras dignas de ti. Vamos a despedirnos del Rey de Inglaterra. Sólo nos falta su permiso. Macbeth está a la orilla del precipicio. El cielo se declare en favor nuestro. Tregua a vuestro dolor. No hay noche sin aurora.

ACTO V ESCENA PRIMERA

UN MÉDICO , UNA DAMA Y LADY MACBETH

EL MÉDICO

Aunque hemos permanecido dos noches en vela, nada he visto que confirme vuestros temores. ¿Cuándo la visteis levantarse por última vez?

LA DAMA

Después que el Rey se fue a la guerra, la he visto muchas veces levantarse, vestirse, sentarse a su mesa, tomar papel, escribir una carta, cerrarla, sellarla, y luego volver a acostarse: todo ello dormida.

EL MÉDICO

Grave trastorno de su razón arguye el ejecutar en sueños los actos de la vida. ¿Y recuerdas que haya dicho alguna palabra?

LA DAMA

Si, pero nunca las repetiré.

EL MÉDICO

A mí puedes decírmelas.

LA DAMA

Ni a ti, ni a nadie, porque no podría yo presentar testigos en apoyo de mi relato.

(Entra Lady Macbeth, sonámbula, y con una luz en la mano)

Aquí está, como suele, y dormida del todo. Acércate y repara.

EL MÉDICO

¿Dónde tomó esa luz?

LA DAMA

La tiene siempre junto a su lecho. Así lo ha mandado.

EL MÉDICO

Tiene los ojos abiertos.

LA DAMA

Pero no ve.

EL MÉDICO

Mira cómo se retuerce las manos.

Es su ademán más frecuente. Hace como quien se las lava.

LADY MACBETH

Todavía están manchadas.

EL MÉDICO

Oiré cuanto hable, y no lo borraré de la memoria.

LADY MACBETH

¡Lejos de mí esta horrible mancha!... Ya es la una... Las dos... Ya es hora... Qué triste está el infierno... ¡Vergüenza para ti, marido mío!... ¡Guerrero y cobarde!... ¿Y qué importa que se sepa, si nadie puede juzgarnos?... ¿Pero cómo tenía aquel viejo tanta sangre?

EL MÉDICO

¿Oyes?

LADY MACBETH

¿Dónde está la mujer del señor Fife?... ¿Pero por qué no se lavan nunca mis manos?... Calma, señor, calma... ¡Qué dañosos son esos arrebatos!

EL MÉDICO

Oye, oye: ya sabemos lo que no debíamos saber.

LA DAMA

No tiene conciencia de lo que dice. La verdad sólo Dios la sabe.

LADY MACBETH

Todavía siento el olor de la sangre. Todos los aromas de Oriente no bastarían a quitar de esta pequeña mano mía el olor de la sangre.

EL MÉDICO

¡Qué oprimido está ese corazón!

LA DAMA

No le llevaría yo en el pecho, por toda la dignidad que ella pueda tener.

EL MÉDICO

No sé curar tales enfermedades, pero he visto sonámbulos que han muerto como unos santos.

LADY MACBETH

Lávate las manes. Vístete. Vuelva el color a tu semblante. Macbeth está bien muerto, y no ha de volver de su sepulcro... A la cama, a la cama... Llamen a la puerta... Ven, dame la mano... ¿Quién deshace lo hecho?... A la cama.

¿Se acuesta ahora?

LA DAMA

En seguida.

EL MÉDICO

Ya la murmuración pregonaba su crimen. La maldad suele trastornar el entendimiento, y el ánimo pecador divulga en sueños su secreto. Necesita

confesor y no médico. Dios la perdone, y perdone a todos. No te alejes de su lado: aparta de ella cuanto pueda molestarla. Buenas noches. ¡Qué luz inesperada ha herido mis ojos! Pero más vale callar.

LA DAMA

Buenas noches, doctor.

ESCENA II

Campamento

MENTEITH, ANGUSS, CAITHNESS Y LÉNNOX

MENTEITH

Los ingleses, mandados por Malcolm, Suardo y Macduff, se adelantan a rápidas jornadas. El genio de la venganza los impele, y su belicoso ardor debe animar al más tibio.

ANGUS

Los encontraremos en el bosque de Birnam: esa es la dirección que traen.

CAITHNESS

¿Donalbain está con sus hermanos?

ANGUS

No, porque yo tengo la lista de todos los que vienen con Suardo, entre ellos su propio hijo y otros jóvenes que quieren hacer hoy sus primeros alardes varoniles.

MENTEITH

¿Y qué hace Macbeth?

CAITHNESS

Fortificar a Dunsinania. Dicen algunos que está loco, pero los que le quieren mejor afirman que está cegado por el furor de la pelea. No puede ya estrechar con el cinturón de su imperio el cuerpo de su desesperada causa.

ANGUSS

Ni borrar de sus manos las huellas de sangre de su oculto crimen. Cada día le abandonan sus parciales, y si alguno le obedece no es por cariño. Todo el mundo conoce que la púrpura real de su grandeza oculta un cuerpo raquítico y

MENTEITH

¿Y cómo no ha de temblar, si en el fondo de su alma se siente ya condenado?

CAITHNESS

Vamos a prestar homenaje al legítimo monarca, y a ofrecer nuestra sangre para que sirva de medicina a la patria oprimida.

LÉNNOX

Ofrezcámosla toda, o la que baste a regar el tronco y las ramas. Vamos al bosque de Birnam.

ESCENA III

Castillo de Dunsinania

MACBETH, UN CRIADO, SETON Y UN MÉDICO

MACBETH

¡No quiero saber más nuevas! Nada he de temer hasta que el bosque de Birnam se mueva contra Dunsinania. ¿Por ventura ese niño Malcolm no ha nacido de mujer? A mí dijeron los genios que conocen lo porvenir: «no temas a ningún hombre nacido de mujer». Huyan en buen hora mis traidores caballeros: júntense con los epicúreos de Inglaterra. Mi alma es de tal temple, que no vacilará ni aún en lo más deshecho de la tormenta. (Llega un criado). ¡El diablo te ennegrezca a fuerza de maldiciones esa cara blanca! ¿Quién te dio esa mirada de liebre?

CRIADO

Vienen diez mil.

MACBETH

¿Liebres?

CRIADO

No, soldados.

MACBETH

Aráñate la cara con las manos, para que el rubor oculte tu miedo. ¡Rayos y centellas! ¿Por qué palideces, cara de leche? ¿Qué guerreros son esos?

CRIADO

Ingleses.

MACBETH

¿Por qué no ocultas tu rostro, antes de pronunciar tales palabras?... ¡Seton, Seton! Este día ha de ser el último de mi poder, o el primero de mi grandeza. Demasiado tiempo he vivido. Mi edad se marchita y amarillea como las hojas de otoño. Ya no puedo confiar en amigos, ni vivir de esperanzas. Sólo me resta oír enconadas maldiciones, o el vano susurro de la lisonja.

SETON

Rey, tus órdenes aguardo.

MACBETH

¿Cuáles son las últimas noticias?

SETON

Exactas parecen las que este mensajero ha traído.

MACBETH

Lidiaré, hasta que me arranquen la piel de los huesos. ¡Pronto mis armas!

SETON

No es necesario aún, señor.

MACBETH

Quiero armarme, y correr la tierra con mis jinetes. Ahorcaré a todo el que hable de rendirse. ¡Mis armas! Doctor (al médico) ¿cómo está mi mujer?

MÉDICO

No es grave su dolencia, pero mil extrañas visiones le quitan el sueño.

MACBETH

Cuídala bien. ¿No sabes curar su alma, borrar de su memoria el dolor, y de su cerebro las tenaces ideas que le agobian? ¿No tienes algún antídoto contra el veneno que hierve en su corazón?

MÉDICO

Estos males sólo puede curarlos el mismo enfermo.

MACBETH

¡Echa a los perros tus medicinas! ¡Pronto, mis armas, mi cetro de mando! ¡Seton, convoca a tus guerreros! Los nobles me abandonan. Si tú, doctor, lograras volver a su antiguo lecho las aguas del río, descubrir el verdadero mal de mi mujer, y devolverle la salud, no tendrían tasa mis aplausos y mercedes. Cúrala por Dios. ¿Qué jarabes, qué drogas, qué ruiubarbo conoces que nos libre de los ingleses?... Iré a su encuentro, sin temer la muerte, mientras no se mueva contra nosotros el bosque de Dunsinania.

MÉDICO (Aparte)

Si yo pudiera huir de Dunsinania, no volvería aunque me ofreciesen un tesoro.

ESCENA IV

Campamento a la vista de un bosque

MALCOLM, CAITHNESS, UN SOLDADO, SUARDO Y MACDUFF Amigos, ha llegado la hora de volver a tomar posesión de nuestras casas. ¿Qué selva es esta?

CAITHNESS

La de Birnam.

MALCOLM

Corte cada soldado una rama, y delante cúbrase con ella, para que nuestro número parezca mayor, y podamos engañar a los espías.

SOLDADO

Así lo haremos.

SUARDO

Dicen que el tirano está muy esperanzado, y nos aguarda en Dunsinania.

MALCOLM

Hace bien en encerrarse, porque sus mismos parciales le abandonan, y los pocos que le ayudan, no lo hacen por cariño.

MACDUFF

Dejemos tales observaciones para cuando esté acabada nuestra empresa. Ahora conviene pensar sólo en el combate.

SUARDO

Pronto hemos de ver el resultado y no por vanas conjeturas.

ESCENA V

Alcázar de Dunsinania

MACBETH, SETON Y UN ESPÍA

MACBETH

Tremolad mi enseña en los muros. Ya suenan cerca sus clamores. El castillo es inexpugnable. Pelearán en nuestra ayuda el hambre y la fiebre. Si no nos abandonan los traidores, saldremos al encuentro del enemigo, y le derrotaremos frente a frente. ¿Pero qué ruido siento?

SETON

Son voces de mujeres.

MACBETH

Yo soy inaccesible al miedo. Tengo estragado el paladar del alma. Hubo tiempo en que me aterraba cualquier rumor nocturno, y se erizaban mis cabellos, cuando oía referir alguna espantosa tragedia, pero después llegué a saciarme de horrores: la imagen de la desolación se hizo familiar a mi espíritu, y ya no me conmueve nada. ¿Pero qué gritos son esos?

La reina ha muerto.

MACBETH

¡Ojalá hubiera sido más tarde! No es oportuna la ocasión para tales nuevas. Esa engañosa palabra mañana, mañana, mañana nos va llevando por días al sepulcro, y la falaz lumbre del ayer ilumina al necio hasta que cae en la fosa. ¡Apágate ya, luz de mi vida! ¿Qué es la vida sino una sombra, un histrión que pasa por el teatro, y a quien se olvida después, o la vana y ruidosa fábula de un necio? (Llega un espía). Habla que ese es tu oficio.

ESPÍA

Señor, te diré lo que he visto, pero apenas me atrevo.

MACBETH

Di sin temor.

ESPÍA

Señor, juraría que el bosque de Birnam se mueve hacia nosotros. Lo he visto desde lo alto del collado.

MACBETH

¡Mentira vil!

ESPÍA

Mátame, si no es cierto. El bosque viene andando, y está a tres millas de aquí.

MACBETH

Si mientes, te colgaré del primer árbol que veamos, y allí morirás de hambre. Si dices verdad, ahórcame tú a mí. Ya desfallece mi temeraria confianza. Ya empiezo a dudar de esos genios que mezclan mentiras con verdades. Ellos me dijeron: «Cuando la selva de Birnam venga a Dunsinania»; y la selva viene marchando. ¡A la batalla, a la batalla! Si es verdad lo que dices, inútil es quedarse. Ya me ahoga la vida, me hastía la luz del sol. Anhele que el orbe se confunda. Rujan los vientos desatados. ¡Sonad las trompetas!

ESCENA VI

Explanada delante del castillo de Dunsinania

MALCOLM, SUARDO Y MACDUFF

MALCOLM

Hemos llegado. Dejad el verde escudo de esas ramas, y apercibíos al combate. Amado pariente mío, Suardo, tú dirigirás el ataque con tu noble hijo y mi primo. El valiente Macduff y yo cuidaremos de lo restante.

SUARDO

Está bien, señor. Sea vencido quien no lidie esta noche bizarramente contra las huestes del tirano.

ESCENA VII

Otra parte del campo

MACBETH, EL JOVEN SUARDO, MACDUFF, MALCOLM, SUARDO, ROSS Y CABALLEROS

MACBETH

Estoy amarrado a mi corcel. No puedo huir. Me defenderé como un oso.
¿Quién puede vencerme, como no sea el que no haya nacido de madre?

EL JOVEN SUARDO

¿Quién eres?

MACBETH

Temblarás de oír mi nombre.

EL JOVEN SUARDO

No, aunque sea el más horrible de los que suenan en el infierno.

MACBETH

Soy Macbeth.

EL JOVEN SUARDO

Ni el mismo Satanás puede proferir nombre más aborrecible.

MACBETH

Ni que infunda más espanto.

EL JOVEN SUARDO

Mientes, y te lo probaré con mi hierro.

(Combaten, y Suardo cae herido por Macbeth)

MACBETH

Tú naciste de madre, y ninguno de los nacidos de mujer puede conmigo.

MACDUFF

Por aquí se oye ruido. ¡Ven, tirano! Si mueres al filo de otra espada que la mía, no me darán tregua ni reposo las sombras de mi mujer y de mis hijos. Yo no peleo contra viles mercenarios, que alquilan su brazo al mejor postor. O mataré a Macbeth, o no teñirá la sangre el filo de mi espada. Por allí debe estar. Aquellos clamores indican su presencia. ¡Fortuna! déjame encontrarle.

SUARDO

¿Por qué he de morir neciamente como el romano, arrojándome sobre mi espada? Mientras me quede un soplo de vida, no dejaré de amontonar cadáveres.

MACDUFF

Detente, perro de Satanás.

MACBETH

He procurado huir de ti. Huye tú de mí. Estoy harto de tu sangre.

MACDUFF

Te respondo con la espada. No hay palabras bastantes para maldecirte.

MACBETH

¡Tiempo perdido! Más fácil te será cortar el aire con la espada que herirme a mí. Mi vida está hechizada: no puede matarme quien haya nacido de mujer.

MACDUFF

¿De qué te sirven tus hechizos? ¿No te dijo el genio a quien has vendido tu alma, que Macduff fue arrancado, antes de tiempo, de las entrañas de su madre muerta?

MACBETH

¡Maldita sea tu lengua que así me arrebató mi sobrenatural poder! ¡Qué necio es quien se fía en la promesa de los demonios que nos engañan con equívocas y falaces palabras! ¡No puedo pelear contigo!

MACDUFF

Pues ríndete, cobarde, y serás el escarnio de las gentes, y te ataremos vivo a la picota, con un rótulo que diga: «Este es el tirano».

MACBETH

Nunca me rendiré. No quiero besar la tierra que huelle Malcolm, ni sufrir las maldiciones de la plebe. Moriré batallando, aunque la selva de Birnam se haya movido contra Dunsinania, y aunque tú no seas nacido de mujer. Mira. Cubro mi pecho con el escudo. Hiéreme sin piedad, Macduff. ¡Maldición sobre quien diga «basta»!

(Combaten)

MALCOLM

¡Quiera Dios que vuelvan los amigos que nos faltan!

SUARDO

Algunos habrán perecido, que no puede menos de pagarse cara la gloria de tal día.

MALCOLM

Faltan Macduff y tu hijo.

ROSS

Tu hijo murió como soldado. Vivió hasta ser hombre, y con su heroica muerte probó que era digno de serlo.

SUARDO

¿Dices que ha muerto?

ROSS

Cayó entre los primeros. No iguales tu dolor al heroísmo que él mostró, porque entonces no tendrán fin tus querellas.

SUARDO

¿Y fue herido de frente?

ROSS

De frente.

SUARDO

Dios le habrá recibido entre sus guerreros. ¡Ojalá que tuviera yo tantos hijos como cabellos, y que todos murieran así! Llegó su hora.

MALCOLM

Honroso duelo merece, y yo me encargo de tributárselo.

SUARDO

Saldó como honrado sus cuentas con la muerte. ¡Dios le haya recibido en su seno!

MACDUFF

(Que se presenta con la cabeza de Macbeth). Ya eres rey. Mira la cabeza del tirano. Libres somos. La flor de tu reino te rodeo, y yo en nombre de todos, seguro de que sus voces responderán a las mías, te aclamo rey de Escocia.

TODOS

¡Salud al Rey de Escocia!

MALCOLM

No pasará mucho tiempo sin que yo pague a todos lo que al afecto de todos debo. Nobles caballeros, parientes míos, desde hoy seréis condes, los primeros que en Escocia ha habido. Luego haré que vuelvan a sus casas los que huyeron del hierro de los asesinos y de la tiranía de Macbeth, y de su diabólica mujer que, según dicen, se ha suicidado. Estas cosas y cuantas sean justas haré con la ayuda de Dios. Os invito a asistir a mi coronación en Esconia.

